

La filosofía de Feijoo

FRANCISCO SÁNCHEZ-BLANCO
Universidad de Ruhr-Bochum

‘SER CONSECUENTE es el primer deber de todo filósofo’, dijo Kant. Esto se puede entender de una manera puramente lógica en el sentido de que si se ponen unas premisas se han de sacar las consecuencias y no silenciarlas o camuflarlas. Si se dice ‘A’, también hay que decir ‘B’. Quien no tiene rigor en el hablar, es un charlatán, pero no un filósofo. Y quien sólo lanza eslóganes o sentencias, podrá ser agudo e incluso sensato, pero sin una cierta exposición sistemática y análisis de los pros y los contras no se le considera tampoco filósofo.

‘Ser consecuente’ se puede entender también en un sentido más bien ético. Hay que ser fiel a lo que se piensa y no un sofista, es decir, no un abogado, que acomoda sus argumentos a los intereses de quien le paga, porque su único fin es triunfar ante el foro y no defender lo que él cree internamente que es justo o injusto.

De manera tácita, hoy día se suele exigir al filósofo una honradez intelectual distinta a la de los sofistas: que tenga la valentía de decir lo que piensa, y aún más, todo lo que piensa sin andarse por las ramas y con paños calientes; con otras palabras: sin autocensurarse para mantenerse dentro de lo políticamente correcto. Es como si en la filosofía existiera un pacto previo de veracidad y transparencia, que excluya todo tipo de reservas y cautelas entre orador y oyente, entre autor y lector, entre maestro y discípulo; un pacto incluso más estricto que el del testigo que responde a preguntas ante un tribunal.

Delineados así los rasgos del prototipo de filósofo debemos hacernos inmediatamente la pregunta de si Benito Jerónimo Feijoo puede,

si no servir de modelo, al menos cumplir con algunos de los rasgos que hemos descrito.

Cualquiera que conoce su vida y escritos siente automáticamente ciertos escrúpulos en aplicar el calificativo de filósofo a ese fraile gallego, ladino y burlón, lleno de reticencias y que escribe entre líneas. Desde luego, Feijoo se muestra muy severo con la mentira porque considera la verdad y la sinceridad la base de la comunicación humana, un bien que no se debe poner en peligro mediante casuismos o restricciones de pensamiento, como toleraban moralistas y confesores. Exige también mayor rigor social y penal para los mentirosos habituales y, sobre todo, para quienes testifican en falso. Pero también sabemos que él no escribe ni dice todo lo que sabe y todo lo que piensa. En una carta muy temprana, Feijoo confiesa que era consciente de la importancia y significación de Newton, pero que no creía conveniente o posible trasladar esos conocimientos a sus lectores y, por eso, se reserva la información y no la hace pública.

Si Feijoo no dice siempre toda la verdad, parece que tampoco tiene la intención de seguir imperturbable y sin rodeos hasta el final la senda que lleva a la verdad. En numerosas ocasiones se excusa diciendo que sólo habla de un aspecto y que no quiere expresarse sobre cuestiones anejas. Se para en seco y no quiere continuar un asunto. Tal actitud parece impropia de un filósofo.

Concedamos que el hecho de que Feijoo empiece a publicar obras con casi 50 años no sea necesariamente un síntoma de que hasta entonces estuviera agazapado y disimulando, sino, simplemente de que se informaba, reflexionaba y maduraba. Pero también confiesa que el motivo para lanzarse a hablar abiertamente no fue el amor interno a la verdad, sino que necesitó un empujón de otros y superar algo más que una natural timidez.

Años ha que muchos sujetos de mi sagrada religión, algunos de la primera magnitud, han estado lidiando con mi pereza, o con mi cobardía, sobre que trabajase sobre el público (TCU, II, Prólogo).

Más problemas crea la forma con que sale a hablar a la plazuela pública. No sale a decir lo que él piensa, sino a defender a una persona un tanto lejana: el médico madrileño Martín Martínez, el cual había tenido la osadía o desfachatez de dudar abiertamente sobre los fundamentos del saber médico de su tiempo y había exhortado a sus colegas y, más que nada, a los sufridos pacientes a adoptar una acti-

tud escéptica a propósito de los diagnósticos, pronósticos y terapias, porque la ignorancia era la regla en ese gremio. Se mire por donde se mire, en la primera salida al público con su *Aprobación apologética del escepticismo médico*, un escrito que no se publica por separado, sino que se incluye en la segunda edición de la obra de Martín Martínez *Medicina scéptica* (1725), Feijoo no descubre sus propias cartas, es decir, sus propias opiniones. Desea, simplemente, ayudar a comprender lo que ha dicho otro y a deshacer las tergiversaciones y malevolencias de aquéllos (Bernardo López de Araujo y Ascárraga, *Centinela médico-aristotélica contra scépticos*), que acusaban al madrileño de proponer doctrinas peligrosas para la fe y de denigrar lo mismo a abnegados y desinteresados profesionales como a la venerable ciencia médica.

La cuestión en debate no tenía nada que ver ya con las tradicionales sátiras a los matasanos, que, a pesar de tener sobre sus conciencias numerosas vidas humanas, presumían de su saber apabullando con sentencias latinas a familiares del enfermo o dictaminaban sin mancharse las manos explorando al paciente y recetaban fármacos cuya confección no controlaban personalmente.

Después de este escrito inicial, cuando un año más tarde parece que el fraile residente en el apartado convento ovetense ya va a comenzar a exponer su propia doctrina hablando claro y en nombre propio, elige un instrumento textual poco frecuente entre los filósofos. No publica un 'curso' filosófico, desarrollando paulatina y exhaustivamente una materia; ni tampoco un 'tratado' sobre alguna cuestión específica; y ni siquiera una discusión detallada. Escribe 'discursos' inconexos, poniendo el acento en lo de discurrir, esto es pensar improvisando y pasando de un punto a otro, sin el imperativo de llegar a un término o una conclusión muy precisa. Trata los asuntos de forma puntual y fragmentaria, y, además, cuando le parece oportuno los interrumpe para saltar a un tema distinto, sorprendiendo, desconcertando y dejando insatisfecho al lector por dejar en el aire muchas cosas.

De lo que enseñaba en la cátedra no conservamos apenas noticias, porque no pretendió ponerlas a disposición de otras personas que no fueran sus oyentes inmediatos y sólo quedan algunos apuntes manuscritos, pero no cabe duda que dominaba la enseñanza académica según los modelos al uso. Para hablar al gran público cambia conscientemente el tono, el estilo, la forma y todo lo que caracteriza la

comunicación entre maestro y discípulo. Entre otras cosas introduce la burla, el chiste y las chanzas, que parecen incompatibles con la seriedad filosófica. Esto deja perplejos y molesta muchísimo a sus contrincantes y le valdrá incluso reproches de sus afectos, que quieren ver más resaltada la profundidad de sus análisis.

De esa manera festiva y desordenada escribe los volúmenes del *Teatro Crítico Universal*. A continuación, en lugar de 'discursos' se dedica a escribir 'cartas', con los adjetivos de 'eruditas' y 'curiosas' a la vez. Esto le permite reducir el formato, ampliar la variedad temática y darle un carácter privado e inoficial a sus opiniones. Responde a consultas reales o ficticias, da consejos, comunica noticias o expone alguna hipótesis personal.

Los modelos literarios que elige parecen, por tanto, contradecir todo propósito 'filosófico', puesto que evita en lo posible sentar cátedra y exponer sistemáticamente una cuestión. Un propósito filosófico hubiera requerido situarla en un marco preciso y desarrollarla con las implicaciones pertinentes. La 'carta' no es ni siquiera un 'diálogo', otra forma textual utilizada por los filósofos antiguos y que posteriormente se empleaba cuando interesaba tipificar unos interlocutores, que personificaban escuelas o sistemas enfrentados dialécticamente. En todo caso, la 'carta' no parece la forma adecuada para exponer una proposición abstracta, ya sea para ser decidida o para indicar la imposibilidad de su resolución. La 'carta' feijoniana, sin embargo, mantiene el carácter dialogal pero los interlocutores no están necesariamente en desacuerdo o mantienen posiciones irreconciliables.

Con bastante razón se ha calificado a Feijoo de 'ensayista', palabra que para los filósofos de profesión tiene cierto matiz peyorativo: 'ensayistas' son aquéllos que no quieren o no pueden intervenir en la discusión propiamente científica. Según esto, Feijoo no correspondería ni a la imagen del filósofo ni, siquiera, a la del científico. Excepto algunos panegiristas, que abusaron del incienso, nadie concede que Feijoo hiciera descubrimientos especiales en alguna rama de la ciencia. En el campo de las ciencias naturales se le puede negar, en casi todo, la originalidad y la genialidad.

Siguiendo en esta penosa tarea de recortar la figura del fraile benedictino hemos de anotar un último y más radical reproche: el de que fue superficial e inconsecuente, lo cual es verdaderamente grave. En este capítulo habría que reseñar las indecisiones acerca de la filosofía aristotélica y las ambigüedades en torno al heliocentrismo co-

pernicano o a la función de la Escritura y el magisterio eclesiástico en asuntos de filosofía natural. Todos esos reproches, y más, se encuentran en el estudio de Eduardo Subirats titulado *La ilustración insuficiente* de 1981, quien ve ya en la difusa filosofía de Feijoo la causa de la 'insuficiencia', vaguedad y falta de radicalidad de todo el movimiento ilustrado en España.

El único rasgo positivo, una especie de mínimo común denominador, en el que están de acuerdo los historiadores es el de que Feijoo fue un divulgador y vulgarizador de la nueva ciencia experimental que se estaba desarrollando en Europa, lo cual, si nos fijamos bien, no es poco. Todas las revoluciones científicas, muy especialmente las de la Edad Moderna, han necesitado vulgarizadores. El cambio de la visión del cosmos de Copérnico y Galileo, la ciencia empírico-experimental de Bacon y el mecanismo de Newton no llegan al gran público a través de las obras originales. Para explicar y entender el triunfo de esas tendencias es imprescindible tener en cuenta los autores que en la segunda mitad del siglo xvii y principios del xviii fueron capaces de hacer aceptable a unos lectores no especialistas tanto las tesis fundamentales como sus consecuencias para la mentalidad, prescindiendo en gran parte del aparato filosófico y matemático que las acompañó en su origen.

Concretamente el cambio mental colectivo que tiene lugar a dimensión continental en Europa entre la segunda mitad del siglo xvii y primera del xviii, no es comprensible sin esa literatura paracientífica de los divulgadores de Galileo, Descartes, Gassendi y Newton, desgraciadamente, hoy casi completamente ignorada o menospreciada a la hora de narrar la historia del progreso científico o del pensamiento filosófico, a pesar de que fueron esas obras las que quizá más conformaron la mentalidad de sus contemporáneos. Arriesguémonos a hacer popular la filosofía, dijo Diderot, el coordinador de la gran *Enciclopedia* de las Luces. Feijoo ya se había lanzado a la tarea unos años antes.

Para aplicar el papel de multiplicador o difusor a la figura de Feijoo, hace falta hacer unas observaciones. Se parece sólo en parte al de un periodista actual, que confecciona por encargo del consejo de redacción un reportaje sobre alguna sensación científica. Su función mediadora suele ser episódica y sin ninguna intención superior o fines lejanos muy perfilados. Pero éste no es el caso de Feijoo. Quien conoce aunque sólo sea superficialmente la obra de este fraile dieciochesco se da cuenta de que aquí estamos ante alguien que se

tomó, muy en serio y a largo plazo, una misión educadora y política. Durante treinta largos años insiste en desengañar a los españoles, intenta sacarlos de los errores que afectaban a cosas tan importantes como la salud de su cuerpo, los fenómenos físicos que percibían cotidianamente, las costumbres religiosas y las opiniones sobre la historia propia y ajena. Vestirlo de periodista científico es un traje que le viene muy corto.

Dejando a un lado la importancia de esa función mediadora y pedagógica, nos deberíamos fijar en la conciencia misma de los popularizadores y buscar en ella una concepción distinta del filosofar, que difiere de la imagen ideal del filósofo, que propagan la mayoría de los historiadores de la filosofía y que tenían mis profesores y compañeros de estudio en Alemania. Según ésta, el filósofo debe encerrarse en su cubículo a elucubrar a solas, poniendo toda su atención en no cometer errores lógicos, como un matemático, y en usar un lenguaje unívoco con términos bien definidos. Si en algún momento cree conveniente dialogar debe hacerlo sólo con los grandes del pensamiento: con Parménides, Platón, Aristóteles, esto es, con un reducido y selecto club. Conversar con la plebe, significa perder el tiempo, quedarse en la superficie, retornar a los mismos problemas de siempre y no avanzar. El filósofo que se precia debe renunciar a la charla callejera y a los temas de actualidad. Sólo en el retiro de su razón, en el mundo aislado de los pensamientos sublimes y en una especie de diálogo con los muertos se desarrolla filosóficamente. Quien quiera tomar parte en ese diálogo intemporal de los filósofos tiene que prescindir de razones biográficas y de circunstancias ambientales y atenerse sólo a las proposiciones puras porque, en caso contrario, en lugar de hablar de la verdad sólo narraría sucesos y anécdotas.

Desde estos presupuestos, los historiadores de la filosofía se sienten defraudados con los escritos de alguien que como Feijoo no pone a disposición de sus lectores una meditación solitaria, ni un diálogo con los grandes, sino que escribe siempre refiriéndose a personajes de su entorno, sin significación alguna para la Historia con mayúscula, y pensando en lectores inmediatos, para captar su asentimiento o para conmover su seguridad; calculando sus dificultades para entender cosas nuevas, sus prejuicios u otras resistencias que le atan a determinados hábitos y costumbres. El aspecto pragmático en Feijoo predomina sobre el de exponer la verdad, toda la verdad y sólo la verdad.

A mí no me parece negativo que en la conciencia filosófica entre la dimensión social; que el filósofo no se crea pura inteligencia sino inmerso en una sociedad de la que toma impulsos para su reflexión y a la que desea transportar los resultados de su meditación; que se considere un sujeto histórico con todas sus concreciones y que no olvide nunca de que está rodeado de personas con las que coincide o disiente; que no sólo quiera pensar, sino también comunicarse.

Al concebir de esta manera la labor filosófica, las consideraciones pragmáticas y estratégicas del filósofo indican un grado de reflexión muy superior a la de los insensatos que sueltan despropósitos sin tener en cuenta el alcance de sus palabras y sin prever las reacciones de sus oyentes. Si Feijoo es un ejemplo de filósofo es precisamente porque fue capaz de incorporar conscientemente la dimensión social y política. Feijoo no elabora un sistema de proposiciones, sino una estrategia para realizar un cambio en el pensamiento colectivo. Para ello necesita localizar las resistencias sociales y lograr las coaliciones que permitan incidir en la sociedad. Desgraciadamente no abundan los estudios sobre Feijoo que resalten estos aspectos. Giovanni Stiffoni, en el tomo correspondiente de la *Historia de España* de Menéndez Pidal, avanza una serie de puntos que indican que Feijoo forma parte de una compleja maniobra de política cultural en la que intervienen muchos personajes españoles de los reinados de Felipe V y Fernando VI, políticos, historiadores, publicistas, funcionarios, etc. Sin este marco interpretativo no hay aproximación posible a la filosofía de Feijoo. En su caso concreto, su figura hay que verla como la de un consciente mascarón de proa detrás del cual trabajan en equipo muchas personas: compañeros de orden como Sarmiento, catedráticos, cortesanos, ministros (Patiño) e incluso hombres de negocios (Goyeneche) así como profesionales de la Medicina. Al referirse a los comienzos de las lides filosóficas de Feijoo, anota Stiffoni:

No era, en efecto, la suya, a pesar de lo que dirán después sus varios exégetas, una decisión puramente individual, sino un plan arquitectado con una cierta atención a la oportunidad de la operación y al peso político de la misma, y a los apoyos que pudiera recibir (p. 75).

Recordemos que cuando Feijoo comienza a publicar obras es el momento en que el ministro José Patiño asciende al poder, y que se ha asegurado el apoyo de su propia orden y también de los jesuitas, los cuales controlaban la Inquisición. Desde el primer momento se

hallan implicadas instituciones por lo que Feijoo no se puede considerar una persona aislada ni una voz en el desierto.

Quien no desee erigir una estatua solitaria, sino comprender sus ideas, tiene que hacer precisamente todo lo contrario a lo que le viene en mente al escultor o a la comisión municipal pertinente: no buscar un lugar solitario y preeminente, ni colocarlo en una soledad artificial, sino volverlo a meter en el mundillo del común de los mortales, verlo rodeado de sus amigos y enemigos, y, sobre todo, contemplarlo sentado en su biblioteca leyendo los libros que alimentaron su inteligencia y su fantasía.

Antes de convertirse en escritor, Feijoo fue un lector y por eso hemos de fijarnos en esa cualidad. Fue un lector voraz y enciclopédico. Su formación fue escolástica en Filosofía y Teología. Eso significaba que disponía de un conocimiento suficiente de la filosofía antigua y medieval, además de las cuestiones que se debatían en su propia juventud, que eran las de la escolástica poscartesiana en Francia. Pero Feijoo se evade de las disputas escolásticas adoptando, sin embargo, una actitud diferente a la del filósofo puro o del filólogo erudito. Ni selecciona las autoridades más reconocidas en la Filosofía ni las ediciones prestigiosas, lo mismo que tampoco se entretiene buscando con avidez noticias sobre antiguallas de una ciudad, de un edificio o de un héroe local. Él no desea escribir historias ni reeditar documentos jurídicos u obras literarias de tiempos remotos. Feijoo, como lector, quiere satisfacer una curiosidad ilimitada y, sobre todo, hacerse con la información última. La preferencia de sus lecturas es muy diferente a la de los círculos humanistas, liderados en su época por Gregorio Mayans. Le interesa la actualidad, el estado de la discusión, el saber sobre la realidad y no lo que dicen libros sobre otros libros o los libros por sí mismos. Le anima el mismo deseo de información actualizada que ha dado origen en su época a los diccionarios históricos y colecciones de reseñas: Moreri, Bayle, Trevoux, donde la información ya viene pasada por el tamiz de la moderna crítica. Estas obras se convierten en sus libros de consulta obligada y preferente así como las publicaciones que recogen las comunicaciones de las grandes academias europeas (Londres, París, Berlín, Leipzig...) o las que divulgan las cuestiones de Física (*Entretiens physiques* de Regnault), Astronomía, Medicina e Historia Natural. Se puede uno imaginar con qué desprecio reaccionaron los eruditos chapados a la antigua, que se reunían en la Biblioteca Real, cuando observaron el cambio de prio-

ridades en alguien que quería hacerse oír por el público pero que sustituía las fuentes originales por sucedáneos modernos.

Feijoo entra en el foro público para apoyar una corriente que ya está en marcha en España. Médicos de una tertulia sevillana llevaban cinco lustros intentando introducir en España el método empírico-experimental de Bacon y Boyle, adoptado por la Sociedad Real de Londres y la Universidad holandesa de Leyden. Poco a poco, a los miembros de la tertulia médica sevillana se habían sumado profesionales y catedráticos universitarios en otras ciudades e, incluso, era bien vista en la Corte borbónica y por la institución oficial del Protomedicato. Hasta ese momento se habían discutido cuestiones como la autoridad de Aristóteles o de Galeno en la enseñanza de las ciencias y si se podía aplicar la hipótesis de los átomos en lugar de las formas substanciales para explicar los procesos físicos. La batalla no está ganada porque una y otra vez los teólogos tachan de herejes a los que quieren innovar.

Martín Martínez pone en 1722 el calificativo 'escéptico' a un tratado de Medicina e inmediatamente salta un teólogo levantando contra él sospechas de herejía. Feijoo decide intervenir en defensa del médico madrileño y del nuevo concepto de ciencia, que él difunde. Está en juego la autonomía de pensamiento para aquellos que quieren avanzar en el conocimiento basándose en el método experimental y que peligra por el procesamiento inquisitorial a que es sometido Diego Mateo Zapata.

Se trataba de legitimar la actitud escéptica contra el dogmatismo que se usaba en Teología y en Filosofía, el cual procedía de la siguiente forma: el santo x o el papa z afirmó tal cosa. Esas son autoridades seguras. Luego tal proposición tiene un grado de seguridad superior a si lo ha dicho sólo fulanito o zutanito. Según esto, la seguridad corría paralela con la jerarquía de las autoridades. En Filosofía o en cualquier otra rama del saber era lo mismo. Si lo había afirmado Aristóteles o Santo Tomás, ninguno de los demás mortales podía competir con ellos. Y aquéllos que pensaban como Aristóteles y Santo Tomás se sentían así mismo inmovibles en la seguridad de su saber. Saber y certeza subjetiva eran categorías sinónimas para un dogmático.

En la *Aprobación apologética de la Medicina scéptica de Martín Martínez*, —que es el texto que tomo aquí de punto de referencia— Feijoo se pone como meta combatir el hábito mental 'dogmático', y

ya en este primer escrito descubre la dimensión más profunda de su reflexión filosófica, que da coherencia a su labor literaria posterior. Habla de que se puede dar asentimiento a una determinada proposición y, al mismo tiempo, sentir un cierto miedo o recelo de que la contraria pueda ser verdad. Con otras palabras: cuando afirmo algo soy consciente de que lo que dice mi contrario puede ser verdad. Es decir, el escéptico retiene en su mente al otro, sin borrarlo ni eliminarlo psíquica o materialmente.

Esto es algo absolutamente básico, que determina el mismo concepto de razón. El escepticismo de Feijoo no atañe al valor de las percepciones sensitivas. Es diferente al de aquel antiguo filósofo Pirrón, prototipo de desconfiados en la capacidad cognoscitiva, el cual —según cuenta el mismo Feijoo— llegó a dudar tanto de todo lo que percibía que no se apartaba aunque viese venir un caballo desbocado.

El escepticismo de los novatores —Martínez y Feijoo, en concreto— no consiste en lamentar que no se sabe nada; o que lo poco que se sabe no vale la pena; o que no lograremos saber nunca nada. La duda del escéptico dieciochesco tampoco es la duda provisional, pero universal, de Descartes, la cual no tarda mucho en ser sustituida por la certeza de unas verdades claras y distintas. La duda de los empíricos apunta a la seguridad del asentimiento que prestamos a la proposición que consideramos más probable. Esa seguridad es distinta al asentimiento tenaz y decisivo de los dogmáticos, los cuales desprecian como delirio cualquier opinión opuesta y eliminan de la ciencia lo que no se apoye en alguna autoridad segura. El conocimiento natural era también, para ellos, una forma de fe.

El escepticismo moderno, en cambio, no desprecia los conocimientos porque sean inseguros. El asenso probable, dice, no elimina completamente la incertidumbre básica; ni el ser escéptico dubitante estorba dar asenso probable a determinadas conclusiones. Por eso, aun a sabiendas de la falibilidad de los sentidos, puede aceptar con prudencia las informaciones que éstos transmiten o admitir una relación causa-efecto entre fenómenos que se pueden repetir en cualquier momento en forma de experimentos controlados.

La actitud escéptica que defienden los fundadores de la ciencia empírico-experimental es la premisa para que los investigadores puedan entenderse e ir avanzando en los conocimientos con las aportaciones que hacen los que se han dedicado a observar con atención la naturaleza, sino también para poder criticar y reformar en cualquier



Teófanos Egido y su presentador, Rodolfo Gutiérrez Palacios (Director Regional de Universidades).



Participantes de la Semana durante el minuto de silencio que se guardó en memoria del profesor Ernest Lluch asesinado la víspera, 21 de noviembre de 2000 (patio del edificio histórico de la Universidad de Oviedo).



Participantes de la Semana en la muestra bibliográfica e iconográfica del P. Feijoo (Biblioteca Universitaria de Oviedo).



Mesa redonda. Marie-Hélène Piwnik, Agustín Coletes, Dolores Mateos, Lucienne Domergue y Silverio Cerra.



Un grupo de asistentes ante la estatua de Feijoo (plaza del P. Feijoo).



Antonio Fernández de Molina y Antonio Lafuente.



Francisco Aguilar Piñal y Javier González Santos en un descanso.

campo de la vida. Para cambiar algo es preciso romper la fe ciega y las amarras de la tradición, es preciso comenzar a dudar de la legitimidad de lo vigente. Dudar equivale a despojarse del miedo que persuade a someterse a las autoridades, a lo políticamente correcto; a tener la osadía de polemizar contra la mayoría o contra los poderosos; y a aprender a caminar sin agarres, controlando el propio equilibrio. Es decir, la duda de Feijoo desborda el campo de la historia de las ciencias, adentrándose en el de la historia de la mentalidad y de la cultura e iniciando en España ese movimiento que se conoce con el nombre de Ilustración.

El testimonio de un coetáneo nos confirma el sentido y el éxito de la labor filosófica de Feijoo. De Luis José Velázquez de Velasco, marqués de Valdeflores (*Noticia del viage de España*, Madrid, 1765) son las siguientes frases:

[Sus] escritos han hecho a su patria el mismo beneficio que los de Fontenelle a la suya; siendo el primero que entre nosotros aplicando a las ciencias abstractas estas gracias, esta elegancia y esta claridad que caracterizan a los genios superiores, quitó a la literatura más recóndita el horror que en España la hacía inaccesible; abrió en su patria el camino a todos los ramos de los conocimientos humanos; con su ejemplo desacreditó en ella una máxima que hacía ridículos los genios universales; propagó en toda la nación un vivo deseo de instruirse; y, lo que es más, hizo ver que los errores no dejan de serlo por estar sostenidos por personas respetables; y que cada cual de los hombres tiene un derecho igual a pensar (pp. 3 s.).

Esta última observación señala el alcance de la labor de Feijoo.

Pero, volviendo al texto de la *Aprobación apologética del escepticismo médico*, lo esencial del punto de partida de la reflexión feijoniana es que no imagina una razón pura ni un sujeto absoluto, transcendental u objetivo, sino individuos pensantes, siempre en compañía de otras personas que piensan con igual derecho. La duda de Feijoo se identifica con la reflexión que me recuerda siempre que la opinión del otro podría ser verdad aunque yo siga pensando que lo que yo sostengo es más probable. Esto significa no quitarle jamás legitimidad a mi contrario.

Feijoo es perfectamente coherente entre la forma textual de su filosofar y su concepción del individuo pensante. El fin pedagógico que él se impone de 'enseñar a sus paisanos a dudar' no implica descreimiento o falta de compromiso, sino el paso para concebir una

forma dialogante y democrática de la verdad y de la ciencia. Su argumentación va dirigida contra esos férreos dogmáticos que han montado en las aulas una guerra de trincheras en la que ni hay entendimiento ni progreso desde hace siglos. Vociferan unos contra otros y en los claustros se libran interminables guerras filosóficas.

Otras consecuencias inmediatas del planteamiento escéptico atañen a los teólogos. Feijoo les advierte que no pueden acaparar todo el campo del saber. Las definiciones dogmáticas del magisterio eclesiástico atienden a la fe y a las costumbres, lo otro no puede ser objeto de definición ex cátedra y en lo definido no entran deducciones, explicaciones o inferencias. El campo del conocimiento natural queda abierto dentro de la doctrina católica y no circunscrito a la física aristotélica o tomista.

También se dirige a los eruditos humanistas:

yo quisiera —dice— que se moderara aquella ciega veneración de la antigüedad tan dominante en algunos, que a los antiguos los consideran como deidades, a los modernos como bestias; y ni a unos ni a otros (que es lo que debieran) como hombres. Pero aún con más razón se debiera extirpar el indiscreto amor de novedades reinante en otros, para quienes la doctrina se hizo cosa de moda, y nada les agrada, sino lo que empezó a decirse ayer. Aquéllos obstinadamente repelen; éstos ciegamente abrazan cuanto dicen los modernos. Y uno y otro exceso, como notó el Gran Canciller de Inglaterra, son dos grandes estorbos para los progresos de las ciencias (*Aprobación*, § 54).

Es evidente que ya aquí Feijoo se distancia de los contemporáneos que ponían en el pasado la Edad de Oro del conocimiento pero sin incurrir en la ingenuidad de los amantes de todo lo moderno. Lo importante para él es abrir espacio y dar optimismo a los que emprenden la aventura del saber.

Feijoo precisa su posición respecto al conocimiento humano apoyándose en Francis Bacon, el cual había concebido un método que sirviera al aumento de las ciencias y no un sistema fijo. De Bacon toma Feijoo el siguiente símil.

Los empíricos son hormigas, porque usan a bulto los materiales (médicos) que juntan sin poner nada de su casa, esto es, de su discurso. Los puros racionales son arañas, porque fiándolo todo al discurso de sí propios, esto es, de las entrañas de su mente, fabrican aquellas sutiles telas de vanos raciocinios, que ni tienen solidez ni utilidad. Ni unos ni otros son buenos. ¿Pues cuáles lo serán? Aquéllos que como las abejas, usando

de los materiales que la naturaleza ofrece a la observación, con atenta consideración, en los senos mentales los disponen, preparan y digieren para sacar de ellos, según las ocurrencias, el néctar saludable para cada enfermo (§ 42).

Por un lado están aquellos practicones que se contentan con acumular materiales, coleccionistas sin reflexión, o con copiar mecánicamente lo que ven, y, por otro, quienes especulan sin atender ni a la realidad objetiva ni a sus semejantes. La abeja, además de elaborar lo que recoge, da a otro para su bienestar el producto de su trabajo. Más allá de superar la mera empiria y de admitir el factor lógico y humano en la ciencia, Feijoo recuerda que el conocimiento no es una actividad solipsista, sino que mantiene en todo momento la conciencia de su naturaleza social, la presencia de los otros en la autoconciencia.

El *Teatro crítico universal* y las *Cartas eruditas y curiosas* nos ofrecen el testimonio y el reflejo más veraz de esa imagen de un fraile totalmente inmerso en su tiempo, conectando y comunicándose con sus contemporáneos, contestando preguntas, presentando cuestiones, discutiendo hipótesis, explicando fenómenos y defendiéndose de acusaciones pertinentes e impertinentes. Arturo Ardao habló de *La filosofía polémica de Feijoo* (Buenos Aires, 1962). El adjetivo 'polémico' no se ha de entender en el sentido de pendenciero, de alguien siempre en busca de pelea, de confrontación y movido por el espíritu de contradicción, sino como un pensamiento siempre dialéctico, siempre referido a otros y nunca ensimismado; defendiendo denodadamente —con arrogancia o sin ella— su espacio de libertad.

Precisamente la necesidad de potenciar el contacto con los demás y de raciocinar con sus contemporáneos es lo que hace no sólo que el P. Feijoo deje la solemnidad y la amplitud del discurso por la brevedad y la rapidez de unas respuestas a vuelta de correo, sino que ponga el diálogo con los grandes filósofos para dar preferencia a la discusión con los más próximos. La carta le relaciona con personas concretas que suscitan cuestiones cotidianas y totalmente distintas a las que nacen de un sistema filosófico. Cualquier cuestión, por muy simple que parezca, o por muy poco que haya sido tratada por la literatura canónica, es perfectamente legítima cuando se departe amigablemente con otra persona. Basta la curiosidad personal. Así, por ejemplo, comunica su opinión a quien le pide una explicación del parecido entre hijos y padres; o de las fosforescencias; o de las posibili-

dades de reforzar la memoria (los estudiantes ya solicitaban en aquellos tiempos fármacos que les garantizara el poder repetir lo que está en los libros).

Las cartas, sobre todo, patentizan la nueva forma democrática que adquiere la ciencia a principios del siglo XVIII. No hace falta, en principio, título ni rango para intervenir en el discurso científico. Precisamente lo primero que debe desaparecer de la comunicación es el soniquete: 'el maestro dijo', o la postura inflexible de los que han jurado fidelidad a una escuela o a una secta. La experiencia y la explicación natural es lo único que cuenta.

Feijoo deja atrás el mundo de las escuelas, el método de la Universidad 'escolástica'. Para enfrentarse con la realidad toma como modelo el que practican las academias de Londres y París, inspirado en la doctrina de Francis Bacon y Robert Boyle. Esta base empírico-experimental le aparta de la física aristotélica e incluso de la moderna escuela cartesiana por lo que tiene de secta y de grupo empeñado en defender todo lo que ha dicho el maestro. Pero, a partir de aquí, vamos a ver que Feijoo, por no acogerse a ningún sistema hace observaciones puntuales sobre las diversas opciones filosóficas. Unas veces sigue a Descartes, otras a Gassendi. Su escepticismo lleva a ir razonando punto por punto; a no entregarse a ninguna autoridad filosófica. Habla de los átomos en cuanto constitutivos últimos de la materia, de la posibilidad del vacío, del peso del aire, pero en todos esos razonamientos muestra que su asentimiento es solamente provisional, a la espera de que se hagan observaciones más precisas o se den mejores explicaciones.

Feijoo es consecuente en su concepción escéptica del saber, la cual aplica también a campos como la historia e incluso las creencias religiosas. La duda se extiende a tradiciones, leyendas y narraciones pasadas o a sucesos a los que la mentalidad popular asigna una causa sobrenatural. El hábito del análisis empírico influye en la mente reduciendo el ámbito de lo verosímil o probable, y esto implica una revisión en profundidad de toda la cultura. De ahí su enfrentamiento con los esotéricos como Diego de Torres Villarroel o con los milagrosos, ya sean los ingenuos, ya sean los que sólo quieren lucrarse con la credulidad popular.

Su escepticismo no le impide ver que la ciencia es algo más que un cúmulo de observaciones. Es muy sintomático que ya en su primer escrito al hablar de los sistemas filosóficos antiguos confiese:

[...] para examinar la naturaleza sensible creo que las reglas mecánicas son más acomodadas, y las ideas abstractas serán siempre, como hasta ahora lo han sido, inútiles (n. 50).

El paradigma mecánico amplía o precisa el empirismo inicial, que él resumía bajo el concepto de 'evidencia' sensible. De hecho, desde muy temprano reconoce la importancia de la física newtoniana, especialmente de los experimentos expuestos en su *Optica*, aunque decida no hablar de ello porque los lectores españoles se asustarían ante el aparato matemático o geométrico. El mecanismo, no obstante, no le satisface completamente cuando se extrapola y se convierte en un sistema universal para explicarlo todo. Le parece, por ejemplo, absurdo que el choque casual de los átomos pueda crear estructuras tan complejas y estables como la de los organismos vivientes y, por eso, cree conveniente retener una causa formal y rechazar la visión epicúrea, según la cual Dios dio un primer impulso y después dejó que todo se fuera haciendo en el mundo de modo casual por meras agregaciones cuantitativas. Algunos críticos posteriores consideran que Feijoo recae en el aristotelismo y no sigue con radicalidad los principios de la ciencia moderna. Pero reprocharle que extienda sus dudas a algunas generalizaciones no es síntoma de inconsecuencia.

Avanzando el tiempo, Feijoo tiene que orientarse de nuevo en el campo de la filosofía porque han surgido otras cuestiones y problemas a su alrededor. El empirismo ha adquirido matices inquietantes en el pensamiento de John Locke. Este autor no presenta en principio ninguna dificultad de recepción porque parece confirmar el adagio aristotélico-escolástico: *Nihil est in intellectu quod prius non fuerit in sensu*. Su explicación de la formación de los conceptos universales se acepta como un avance y precisión de Aristóteles. Sin embargo, Locke se preguntó si la materia era capaz de pensar y esto se podía entender como un materialismo total. De ser así que la materia podía pensar, el alma resultaba superflua para explicar procesos intelectuales como la abstracción.

No cabe duda que Feijoo simpatizaba con Locke y que condenar su filosofía era un peligro para el movimiento empirista que él promocionaba. De ahí que desee evitar una crítica demasiado severa y, por lo tanto, que argumente diciendo que Locke mismo no sacó consecuencias materialistas. Pero el asunto no se podía soslayar. Cada vez eran más los pensadores europeos (La Mettrie, Helvetius) que prescindían del alma para explicar los fenómenos psíquicos y que

dudaban de la otra vida y de los castigos eternos. Feijoo no desea una confrontación con la filosofía moderna y dice que él no ha visto todavía materialistas en España y, por lo tanto, resulta innecesaria toda campaña contra los materialistas, como ya habían iniciado Mayans y sus discípulos.

Con toda probabilidad, su postura se explica como un interés en defender la autonomía del cambio de mentalidad entre los españoles, sin entregarse a una escuela extranjera, sino orientándose paso a paso. Una postura apologética volvería a hacer resurgir el espíritu combativo e intransigente que obstaculizaría todo avance. Las consideraciones sobre el entorno español y la empresa cultural que llevan a cabo los reformadores españoles del reinado de Felipe V y Fernando VI, explican también su reacción contra el discurso de Rousseau respondiendo a la cuestión propuesta por la Academia de Dijon sobre si el restablecimiento de las ciencias y las artes habían contribuido a mejorar o a empeorar las costumbres. Feijoo no tarda en escribir una carta con el epígrafe: 'Impúgnase un temerario, que a la cuestión propuesta por la Academia de Dijon, con premio al que la resolviese con más acierto; si la ciencia conduce o se opone a la práctica de la virtud; en una disertación pretendió probar ser más favorable a la virtud la ignorancia que la ciencia'.

Le parece tan increíble esa tesis que duda de la sinceridad del autor y sospecha que sólo ha querido ser ingenioso lanzando una paradoja en lugar de desvelar la realidad histórica. Después de probar la impropiedad de las pruebas aducidas por Rousseau y de la falacia que se esconde de creer que una simultaneidad de fenómenos implica la causalidad de uno en otro, Feijoo llega a la conclusión que le parece más preocupante. De la argumentación de Rousseau se deduce que sería beneficioso para la virtud que se prohibieran las lecturas profanas. Un monje, de los muchos que existían en España, que leyese a Rousseau, prohibiría inmediatamente a los novicios de su orden que tomaran en la mano cualquier libro que no fuera piadoso. La circunstancia española la tiene especialmente presente:

Véanlo también ciertos rígidos censores, que hay también por acá entre nosotros, y que pretenden que ningún religioso, y aun ningún eclesiástico, debe estudiar otra cosa que las cavilaciones metafísicas y las Letras Sagradas; y que salir de ellas a las profanas, es en alguna manera apostatar de su estado o salir del claustro a vagar por el mundo. (*Cartas...*, t. IV (1753), pp. 242 s.).

La carta a propósito de la temeridad de Rousseau se convierte en una defensa de la cultura en toda su amplitud. No es partidario de una república como la concebida por Platón. Feijoo no desea que se destierren de ella ni a poetas ni a cómicos; defiende, en suma, la licitud de las lecturas de mera diversión; y que hay que poner las menos cortapisas posibles a la curiosidad.

Así me lo ha persuadido la experiencia; pues puedo protestar que habiendo en el largo discurso de mi vida leído libros de todas clases (a excepción de los pocos en quienes reconocía algún ingrediente de cierta cualidad venenosa) apenas pasé los ojos por alguno a cuya lectura no debiese algo de instrucción apreciable en una materia u otra (*Cartas...*, t. iv, Carta xviii, p. 251).

Desde la posición escéptica, Feijoo mantiene durante toda su carrera literaria una consecuente actitud abierta y tolerante. Sus polémicas con otros autores no nacen de una postura defensiva y apologetica a ultranza, sino precisamente del deseo de combatir el error calloso, el dogmatismo y la cerrazón. No creo que sea justo achacar la presunta 'insuficiencia' de la Ilustración en España a esa cualidad del pensamiento feijoniano, del mismo modo que tampoco me parece superficial su concepción de una inteligencia, ni absoluta ni transcendente, sino personalizada y siempre consciente de la posibilidad de que el otro pueda tener razón.

Una última reflexión se merece la tan cacareada tesis hegeliana de que la Ilustración sólo tiene un concepto abstracto de hombre y por eso suprime todas las diferencias. La apreciación es tan falsa para el continente europeo como para el caso español. Sin duda, la Ilustración significa un esfuerzo por superar esa identificación con las iglesias que ensangrentó Europa con interminables guerras de religión en los siglos anteriores; significa también relativar las nacionalidades en aras de un sentimiento cosmopolita y de una comunidad internacional de la ciencia; impone la supresión de las distinciones entre noble y plebeyo y entre amo y esclavo. Todo esto no es para hipostatizar un concepto abstracto de humanidad, sino para afirmar la distinción fundamental: la del individuo, la del otro, igual su color de piel, su lugar de nacimiento o su manera de pensar. Esa diferencia es la que se afirma en la declaración de los derechos del hombre y que intuía Feijoo cuando predicaba un escepticismo de corte muy particular: el del recelo o miedo que debe estar siempre en la conciencia de que el contrario pueda tener razón. Es decir, no borra nunca de la

conciencia que se está hablando con otros. Olvidar esto, sí es caer en la demencia de las abstracciones.

ESTUDIOS:

ALVAREZ ARROYO, Jesús, «Feijoo y la Filosofía», en *Naturaleza y gracia*, 3 (1961), pp. 113-154.

CENAL, Ramón, «Feijoo y la filosofía de su tiempo», en *Pensamiento*, 21 (1965), pp. 251-272.

CENAL, Ramón, «Fuentes jesuíticas francesas de la erudición filosófica de Feijoo», en *El Padre Feijoo y su siglo, Cuadernos de la Cátedra Feijoo* 18 (1966), II, pp. 285-314.

DELPY, Gaspar, *Bibliographie des sources françaises de Feijoo*, París, 1936.

EGUIAGARAY, Francisco, *El Padre Feijoo y la filosofía de la cultura de su época*, Madrid, 1964.

ELIZALDE, Ignacio, «Feijoo y la influencia de los libertinos eruditos franceses», en *Actas del Séptimo Congreso Internacional de Hispanistas*, Roma, 1982, I, pp. 407-418.

PALACIOS RICO, Carmen, «Contribución al estudio de las fuentes francesas de Feijoo», en *II Simposio sobre el Padre Feijoo y su siglo*, Oviedo, 1981, I, pp. 443-450.